

dido en el curso de los tiempos cosas sublimes y estupendas, y en ellas podremos observar tres épocas o tres procesos, correspondientes a las tres Personas divinas, por *apropiación*:

a) Porque la primera época se apropia al *Padre*, a quien atribuimos la *omnipotencia* y la *creación*. Hasta que viene Jesucristo, el mundo no se ocupa del Hijo, ni le conocen sino los escogidos si acaso: los Profetas bien iluminados, las almas bien selectas.

b) Llega la «plenitud de los tiempos», de que habla San Pablo (2); y Dios revela al mundo a su *Hijo*, y le revela haciéndole Hombre y constituyéndole *Redentor* del género humano. Es el tiempo de la vida de Nuestro Señor Jesucristo. Suya es la *Redención*.

c) Terminada su vida, Nuestro Señor Jesucristo sube a los cielos para enviarnos al *Espíritu Santo*, que había de obrar nuestra *santificación*, aplicándonos los méritos del Redentor; para eso vino Jesucristo al mundo, para eso nació, para eso murió y resucitó, para eso subió a los cielos, para enviarnos al *Espíritu Santificador*: «Si yo no me voy, el Espíritu Santo no vendrá a vosotros» (3). Pero habiéndose ido Jesucristo, baja el Espíritu Santo; y no como Jesucristo al pueblo en general, para vivir en medio de todos, sino de una manera individual, como sucedió el día de Pentecostés, que se asentó cada lengua de fuego sobre cada uno de los discípulos: *supra singulos eorum* (4). Y así se inaugura esta tercera época del mundo.

2.º LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO EN EL HOMBRE.—Ahora vamos a ver lo que pasa en cada uno de los fieles con la venida del Espíritu Santo, la obra que realiza este divino Espíritu en cada uno de nosotros: obra sobrenatural, magnífica, maravillosa, mucho más magnífica y maravillosa que la obra de la creación del mundo.

Esta obra es la *santificación*. Breve palabra; pero llena de profundo y misterioso sentido, de inestimable y gratísima significación. La santificación del hombre es la divinización de nues-

tras almas. El Espíritu Santo nos santifica y nos diviniza.

Veamos dónde comienza esta obra, la mayor de las que Dios hace ni puede hacer en el hombre, dónde prosigue y dónde se consuma; ya que es éste el negocio que más nos interesa a los hombres, incomparablemente más que ningún otro, y el que propiamente y después de todo únicamente nos importa, de tal modo que todos los otros, si tenemos juicio, deben a él subordinarse.

3.º COMIENZO Y DESARROLLO DE LA OBRA SANTIFICADORA DEL ESPÍRITU SANTO.—La obra de santificación del hombre comienza en el Bautismo. Se lo aseguró Nuestro Señor Jesucristo a Nicodemos, cuando le dijo: «Si alguno no renace de agua y Espíritu Santo, no podrá entrar en el Reino de Dios» (5). Y se lo aseguró también San Juan a sus discípulos, diciéndoles: «Yo os bautizo en agua; pero El os bautizará en Espíritu Santo y en fuego» (6); es decir, yo sólo en agua, pero mi bautismo no da al Espíritu Santo; en cambio, Jesucristo os bautizará en agua y Espíritu Santo.

Va, pues, un hombre al Bautismo; es lavado con el agua por el ministro en nombre de Jesucristo. Y entonces, así como cuando Jesucristo fué bautizado bajó el Espíritu Santo sobre El visiblemente en figura de paloma y al mismo tiempo con el Espíritu Santo bajó el Padre y le dijo sensiblemente: «Este es mi Hijo muy amado» (7); así también al ser el hombre bautizado, baja, aunque invisiblemente, el Espíritu Santo, y se apodera del alma del bautizado, y la transforma y diviniza de tal modo, que el Padre, al verla, también dice: Este es mi hijo muy amado.

El hombre al ser bautizado, según la palabra de Jesucristo, renace del agua y del Espíritu Santo. Renace, es decir, tiene otro nacimiento sobre el nacimiento natural: el nacimiento divino, el nacimiento a otra vida, a la vida divina; el nacimiento de otro padre, que es Jesucristo, nuevo Adán, por quien vivimos vida nueva, ya que morimos por el viejo Adán primero.